

EL CADÁVER DEL SEÑOR GARCÍA

Enrique Jardiel Poncela

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicasen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-943706-5-6

© 2015 Paradimage Soluciones

INDICE

INDICE	3
PROLOGO A LA EDICIÓN DIGITAL	4
EL CADÁVER DEL SEÑOR GARCÍA.....	5
PERSONAJES.....	6
ACTO PRIMERO	7
ACTO SEGUNDO.....	31
ACTO TERCERO	55

PROLOGO A LA EDICIÓN DIGITAL

Enrique Jardiel Poncela (Madrid 1901-1952.) fue un escritor y dramaturgo español. Su obra, relacionada con el teatro del absurdo, se alejó del humor tradicional acercándose a otro más intelectual, inverosímil e ilógico, rompiendo así con el naturalismo tradicional imperante en el teatro español de la época. Esto le supuso ser atacado por una gran parte de la crítica de su tiempo, ya que su humor hería los sentimientos más sensibles y abría un abanico de posibilidades cómicas que no siempre eran bien entendidas. A esto hay que sumar sus posteriores problemas con la censura franquista. Sin embargo, el paso de los años no ha hecho sino acrecentar su figura y sus obras siguen representándose en la actualidad, habiéndose rodado además numerosas películas basadas en ellas.

En **El cadáver del señor García**, una pareja de enamorados brinda por su inminente matrimonio, mientras el señor García tiene la ocurrencia de colarse en el saloncito contiguo para suicidarse. Los enamorados, los porteros, las criadas, los amigos de la pareja, los vecinos de la casa, entre los que no faltan un coronel, un orador y una recitadora rusa, más un juez ceremonioso y un forense fuera de lo común, sin olvidar la contribución del señor García hecho cadáver, forman esta galería de personajes al servicio de una trama disparatada y repleta de originales golpes de humor.

Consulta el catálogo completo de obras publicadas por Paradimage en www.paradimage.com

EL CADÁVER DEL SEÑOR GARCÍA

FARSA DE DETONACIONES EN TRES ACTOS

Enrique Jardiel Poncela

PERSONAJES

HORTENSIA, la enamorada.

DELFINA, la amiga.

DOÑA CARMEN, la viuda del coronel

OLGA, la recitadora rusa.

RAMONA, la doncella.

DON CASIMIRO, el forense.

DON EVELIO, el juez.

ABELARDO, el enamorado.

HIPO, el médico.

MIRABEAU, el orador.

GARCÍA, el cadáver.

DAMIÁN, el portero.

MENÉNDEZ, el oficial de Juzgado.

ACTO PRIMERO

Un saloncito amueblado y alhajado con un gusto sobrio y moderno. Al foro, una doble puerta que se abre en corredera. A la derecha, otra puerta más pequeña. A la izquierda, una tercera puerta. Entre ésta y la del foro, un diván turco. Teléfono –y guía telefónica- sobre un mueble.

Antes de levantarse el telón, y encendida la batería con luz azul, hay una larga pausa. Enseguida, suena una detonación; otra breve pausa y se oyen dos detonaciones más casi simultáneas.

Entonces se levanta el telón pausadamente. La escena está a oscuras. (Se oyen dentro rumores de varias personas que se acercan y voces de “¿Qué ocurre? ¡Ha sido en casa! ¡Tiros! ¡Dios mío!”, etc., todo ello muy confuso, lejano y mezclado. Estos rumores siguen creciendo y aproximándose, y las voces repiten: “¡En el saloncito! ¡Luz! ¡En el saloncito!”.) (La puerta del foro se descorre al fin y permite ver un forillo muy iluminado y un grupo de personas agolpado en el umbral..) (Alguien enciende la luz de la escena y entonces se ve al SEÑOR GARCÍA tumbado en el diván turco, de cara a la pared y de espaldas al público, con el abrigo puesto y en la actitud de si estuviera dormido, desmayado o muerto. En el suelo hay un sombrero hongo y un paraguas..) (En la puerta, formando una masa aterrorizada y estupefacta están HORTENSIA, una mujer guapísima de unos treinta años; RAMONA, la doncella; ABELARDO, un buen mozo de la edad de HORTENSIA; HIPO, chico de veintitantos años..) (Hay una nueva pausa, durante la cual los cinco miran el diván petrificados..)

EMPIEZA LA ACCIÓN

RAMONA. ¡Jesús!

ABELARDO. Pero, ¿qué es esto?

RAMONA. (*Asustadísima.*) ¡Un muerto! ¡Ay, madre mía, un muerto! ¡Ay, que yo no había visto un muerto en mi vida!

HORTENSIA. (*Abrazándose frenética a ABELARDO.*) ¡¡Abelardo!!...

RAMONA. ¡Ay, que en la vida había visto yo un muerto!...

ABELARDO. (*A RAMONA.*) ¡Cállate, estúpida! ¿No ves que asustas a la señora?

HORTENSIA. ¡¡Abelardo!!, ¡Abelardo! ¡Vámonos de casa! ¡Vámonos de Madrid! ¡Vámonos de España! ¡Vámonos de Europa!

ABELARDO. Hortensia, por favor...Ramona... ¡Cójala! (*Le traspasa HORTENSIA..*)

HORTENSIA. ¡Qué me den algo! ¡Que me den algo! ¡Qué si no me dan algo, me va a dar algo!...

ABELARDO. Ramona... cógela bien y procura que no la dé nada... ¡Qué no la dé nada, por Dios!

RAMONA. Señorito: ¿la doy algo?

HIPO. Dice que no la dé nada (*RAMONA se lleva a HORTENSIA a un sillón.*)

RAMONA. ¡Ay, Virgen santa!, ¡que yo nunca había visto muerto a un muerto!

HIPO. Pero, ¿quién es este hombre? ¿Por dónde ha entrado?

RAMONA. (*Señalando a la puerta de la derecha..*) ¡Por Ahí, por el balcón de la sala! ¿No ve usted que está abierto?

HORTENSIA. ¡Ay!

RAMONA. ¡Lo habíamos dejado abierto para que se saliese el humo!... ¡¡Ay!! (*Castañeando los dientes y como si desvariase..*) El balcón... El humo... El muerto... los tiros...

HORTENSIA. ¡Abelardo! ¡¡Abelardo, no te acerques!!

RAMONA. Los tiros... El muerto... El humo... El balcón...

HORTENSIA. ¡No te acerques, Abelardo!

RAMONA. Nosotros... El balcón... El muerto... Los tiros...

ABELARDO. Pero es necesario saber si está o no está... (*Avanzada hacia el diván.*)

HORTENSIA. ¡No te acerques, Abelardo!...

RAMONA. ¡Señorito Abelardo, por la Virgen!

HIPO. ¡Estate quieto, Abelardo!

ABELARDO. ¡Caramba! Pero algo hay que hacer...

HORTENSIA. La policía... El Juzgado...

RAMONA. Avisen ustedes al juez, señoritos.

ABELARDO. ¡Eso, sí!

HIPO. ¿Bajo a ponerle un continental?

ABELARDO. ¿Un continental? ¿Pero se le llama al juez con un continental?

HIPO. ¿Cómo se les llama a los jueces?

ABELARDO. Por el apellido. Yo creo que por el apellido.

HORTENSIA. ¿Qué dices, Abelardo?

ABELARDO. No sé.

RAMONA. Aquí ninguno dice lo que sabe.

HIPO. (*Rectificándola.*) Se dice se sabe lo que se dice.

HORTENSIA. ¿Qué dice?

RAMONA. No sabe.

HIPO. ¡Vamos! ¡Calma! Tengamos un poco de calma, por lo que más queráis... ¿Y si ese hombre es un herido grave? ¡No se le puede dejar morir esperando al juez!

ABELARDO. ¡Claro!

HORTENSIA. ¿Entonces?

ABELARDO. Hay que reconocerlo. Reconócelo tú, Hipo. ¿No eres médico?

HIPO. ¡Atiza! Pues es verdad... Ya no me acordaba de que soy médico. *(Va hacia el diván..)*

Porque... yo soy médico ¿verdad?

ABELARDO. Sí, sí; eres médico.

HIPO. Soy médico; lo reconozco. *(Inclinándose sobre el SEÑOR GARCÍA.)* ¡Pues no lo reconozco!

ABELARDO. ¿Qué?

HIPO. Que es la primera vez que le veo.

HORTENSIA. *(Levantándose.)* Pero, ¿le ha visto?

ABELARDO. ¿Lo has visto?

RAMONA. ¿Cómo es? *(Se agolpan todos a su alrededor..)*

HIPO. Es... Es... ¡Ya no me acuerdo cómo es! *(Vuelve al diván y mira de nuevo..)* Es...

HORTENSIA. ¿Cómo?

RAMONA. ¿Cómo?

HIPO. Es moreno.

HORTENSIA. ¿Moreno?

RAMONA. ¡Dios mío, es moreno!

HIPO. Y con unos bigotes como el manillar de una bicicleta.

ABELARDO. Pero, ¿está muerto o está herido?

HORTENSIA. ¿Cómo está?

HIPO. Está feísimo.

ABELARDO. Voy a ver yo.

HIPO. ¡No!, ¡jino!! Que no se acerque nadie. ¿Y si se tratase de un crimen? No hay que tocarle, no hay que moverle, no hay que pisar alrededor, porque se borrarían las huellas...

HORTENSIA. ¡Virgen santísima, si fuera un crimen!

RAMONA. Un crimen... Las huellas... El muerto... Las huellas... Un crimen...

ABELARDO. ¿Quieres callarte?

HIPO. Yo solo....Me acercaré yo solo (*Avanza de puntillas hacia el diván.*) Así... Con mucho cuidadito... Porque puede haber huellas...

ABELARDO. ¿Hay huellas?

RAMONA. ¡Madre mía, que haya huellas!

HIPO. (*Examinando al SEÑOR GARCÍA en medio de la atención general y del silencio más impresionante.*) ¡Hum!...

TODOS. ¿Qué? ¿Qué?

HIPO. ¡Hum! No me gusta nada...

RAMONA. Eso es que le ha visto las barbas.

HIPO. ¡Chistes!... ¡Silencio! A ver el corazón... (*Auscultando al SEÑOR GARCÍA.*) Nada... Absolutamente nada... Ni un latido.

ABELARDO. ¿Muerto?

HIPO. Muerto. (*Emoción.*)

HORTENSIA. ¡¡Oh!!

RAMONA. ¡Muerto!

ABELARDO. ¡Muerto!

RAMONA. (*Rezando apresuradamente.*) Padre cielos, que estás en los nuestros, nombrizado sea el tu santo, reinamos el tu vengo, y no nos dejes tentar...

ABELARDO. ¡Reza en voz baja! (*A HIPO.*) ¿Estás seguro de que está muerto?

HIPO. (*Arrogante.*) Abelardo: ¡soy médico!

ABELARDO. Pues por eso te digo si estás seguro, porque como los médicos os ilusionáis con cualquier cosita...

HIPO. ¡Muerto y bien muerto! No nos queda más que avisar al Juzgado por teléfono.

ABELARDO. ¡Por teléfono, es verdad! ¿Cómo no se nos ha ocurrido antes? (*Se sienta ante el teléfono seguido de HIPO.*)

HORTENSIA. (*Que ha vuelto a su sillón.*) ¡Ramona! No puedo más...

RAMONA. Vamos señorita. Hay que tener valor.

HORTENSIA. Esta escena... Esta escena terrible después de la comida... Y ese hombre...

RAMONA. ¡Espantoso! Yo siento una cosa aquí, en el estómago..., como si hubiera resucitado de pronto la langosta.

HORTENSIA. ¡Calla, calla! No hables de resurrecciones.

ABELARDO. *(Junto al teléfono.)* ¿Cuál será el número del Juzgado?

HIPO. En la jota... mira en la jota.

ABELARDO. *(Pasando hojas.)* Sí, Por aquí...

HIPO. ¿Pero dónde estás buscando la jota?

ABELARDO. Al final.

HIPO. Eso es en los organillos.

ABELARDO. Tienes razón... Ayúdame tú. Yo solo no puedo. Estoy nerviosísimo.

HIPO. *(Pasando hojas.)* Efe, ge, hache, i... Jota, Jota, Jota... *(Siguiendo las columnas de nombres con el dedo.)* Ja. Ja. Ja.

ABELARDO. Ja. Ja. Ja. Ja.

HIPO. Ja. Ja.

ABELARDO. Ja. Ja. Ja. Ja.

HORTENSIA. ¡Por Dios, cállense ustedes!

RAMONA. Cualquiera que los oyera...

ABELARDO. Je. Je. Ji.

HIPO. Jiménez, Jiménez.

ABELARDO. Jiménez. Jiménez, Jiménez...

HIPO. Jiménez.

ABELARDO. ¿Dónde acabarán los Jiménez? Jiménez. Jiménez.

RAMONA. *(A HIPO, que está preocupadísimo y se dirige a buscar huellas.)* Diga usted, señorito Hipo. Y habiendo muerto aquí, ¿tendrán que cerrar el portal de la casa, no?

HIPO. ¡Hombre! ¡Déjeme usted a mí ahora de portales!

HORTENSIA. *(A RAMONA.)* Pero, ¿quién puede ser? ¿Por qué habrá venido a matarse aquí, Ramona?

RAMONA. ¿Usted no le conoce, señorita?

HORTENSIA. Así, de espaldas, me parece que no... ¡Pero yo no le miro la cara!

RAMONA. ¡No, claro que no! ¡Cualquiera le mira la cara! Con esos bigotes...

ABELARDO. Jiménez. Jiménez.

(Dentro suena un timbre. Todos suspenden lo que hacen y se miran un poco sobrecogidos..)

RAMONA. ¡Mallan Digo, llaman!

HORTENSIA. Llaman... *(Suena de nuevo el timbre.)*

RAMONA. ¡Otra vez!

HORTENSIA. Han llamado dos veces, Abelardo.

ABELARDO. Bueno, ¿Y qué, que hayan llamado?

RAMONA. ¿Quién va a ser a estas horas?

ABELARDO. Vete a abrir y lo veremos.

RAMONA. ¡Ay, yo no, señorito! El pasillo... La luz... El corazón... Mi novio... Me muero...

ABELARDO. ¿Pero qué dice ésa?

HIPO. Dice que la luz; su novio, el corazón y el pasillo.

ABELARDO. ¿Qué es lo que dices?

RAMONA. Que el pasillo está sin luz... Y con eso del muerto tengo miedo... Y estoy mala del corazón... Y mi novio dice que si me asusto, me muero...

ABELARDO. ¡Vaya! Acompáñala tú, Hipo. *(Mirando la guía.)* Jiménez. Jiménez. Jordá. Joyería. Juan...

HIPO. Yo no puedo separarme de aquí ni un instante hasta que venga el Juzgado. Soy médico. *(Dentro suena el timbre nuevamente.)*

ABELARDO. ¡Ea! Yo iré... ¡Pues sí que estamos buenos! Toma, sigue buscando. *(Le entrega la guía a Hipo y se va por la izquierda, seguido al trote por RAMONA.)*

HORTENSIA. ¡Madre mía, qué valiente es!

HIPO. *(Siempre consultando la guía.)* Jurado. Justo. Juvenal. ¡Juzgado! Aquí. Juzgado de guardia. Salesas. Treinta y cuatro ciento setenta y ocho. Que no se me olvide. *(Repitiendo muy deprisa, mientras se sienta y descuelga el auricular.)* Treinta y cuatro ciento sesenta y ocho. Treinta y cuatro ciento dieciocho. Treinta y cuatro ciento ocho. *(Marcando.)* Tres. Cuatro. Cinco. Nueve. Seis. Esto es. ¡Oiga! ¡Oiga! ¿El treinta y uno cuatrocientos cuarenta? ¿Qué? Oiga... ¿Es el juzgado de guardia?-

HORTENSIA. ¿Contestan?

HIPO. Diga... ¿Cómo? No, señor. Cuelga. Pues... ¿qué número he marcado yo? Era el treinta y tres veinticinco... No. El novecientos... ¡Voy a ver! *(Hojea la guía de nuevo. Dentro suenan unas voces espantosas que dicen: ¿Pero es posible? ¿Pero qué me cuenta usted?")*

HORTENSIA. ¡Válgame Dios! El portero... Y con lo que grita al hablar...

DAMIÁN. *(Dentro.)* ¡¡Pero si parece un cuento!!

HIPO. ¿Qué es eso? ¿Qué pasa ahí fuera?-

HORTENSIA. Es el portero, que vendrá a ver lo ocurrido.

HIPO. Pero, ¿y qué le sucede? ¿Por qué grita?-

HORTENSIA. Porque es un animal.

ABELARDO. *(Entrando por la izquierda.)* Pasa, Damián, pero procura bajar la voz todo lo que puedas.

DAMIÁN. *(Entrando, seguido de RAMONA. A grito pelado.)*
¡¡Buenas noches!!

HIPO. *(Al teléfono.)* ¡Chits! Que no me entienden; Oiga... Oiga... Pregunto si es el Juzgado de guardia.

HORTENSIA. Baje la voz, Damián, por favor...

DAMIÁN. *(Igual que antes.)* ¡¡Sí, señora, sí!! ¡¡Pero, ¡qué me dice el señorito, que ha venido a matarse aquí un individuo!!

HORTENSIA. Sí; eso es; que se ha matado aquí un señor que ha entrado por el balcón; pero más bajo, por caridad...

DAMIÁN. *(Viendo al SEÑOR GARCÍA.)* ¡¡Anda!! ¡¡Si está ahí, en la cheslón!! *(Se quita la gorra respetuosamente.)*

ABELARDO. Sí. Por eso le decíamos que hablase bajo, porque parece de mal efecto, ¿sabe?

DAMIÁN. *(Como siempre.)* ¡¡Claro, claro!! ¡¡He oído los tiros desde abajo, y por cierto que me han pillao dándole cuerda al despertador!!

HORTENSIA. ¡Dios mío! Es irresistible...

RAMONA. ¡Qué garganta!

HIPO. Ha nacido para batelero del Volga.

DAMIÁN. ¡¡Y como es lo justo, he subido a escape, porque yo estoy siempre allí donde el deber me llama!!

HIPO. ¡Muy bonito! Y todavía haría más bonito si lo dijese usted en voz baja, pero no hay manera...

DAMIÁN. ¡¡Mi mujer quería subir también, pero la he dado cuatro gritos!!

RAMONA. ¿Es posible?

DAMIÁN. ¿Qué dice?

HIPO. Que se extraña de que le haya dado cuatro gritos con lo buenazo que es usted.

DAMIÁN. ¡¡Y lo mismo he hecho con la señora de ahí al lado!!

HORTENSIA. ¿Con la señora de ahí al lado? ¿Pero no comía hoy fuera?

DAMIÁN. ¡¡No señora!! ¡¡Ha comido en su casa y quería entrar a molestar a ustedes con el achaque de saber lo que había pasado!!

ABELARDO. Hombre, Damián.

HORTENSIA. ¡Si yo hubiera sabido que Delfina estaba en su casa!... ¡Ramona!

RAMONA. Señorita...

HORTENSIA. Pasa un momento y dile a la señorita Delfina que tenga la bondad de venir, que la necesito. ¡Hipo! ¿Quiere usted acompañar a Ramona hasta que la abran ahí al lado? Está la escalera a oscuras y le da miedo.

HIPO. Yo, como médico, no debía de moverme de aquí; pero, en fin... Vamos. *(Hace mutis con RAMONA. Se van por la izquierda.)*

DAMIÁN. *(Que ha pasado a la izquierda y está contemplando al SEÑOR GARCÍA.)* ¡¡Pobre hombre!! ¡¡Pues hasta hoy no había visto yo un suicida!!

HORTENSIA. *(A ABELARDO.)* No le contestes, a ver si se calla.

ABELARDO. *(Al teléfono.)* Oiga... Oiga...

DAMIÁN. *(Contemplando al SEÑOR GARCÍA. Filosófico.)* ¡¡Hay que ver, ¿eh?!! ¡¡¿Eh, señorita Hortensia?!! ¡¡¿Eh?!! ¡¡Hay que ver!!

HORTENSIA. *(Dando a entender que, en efecto, es terrible lo que sucede.)* ¡Uf!

DAMIÁN. ¡¡Lo que es la vida!! ¿Eh?!!

HORTENSIA. *(Como antes.)* ¡Uf!

DAMIÁN. ¡¡Yo le llevo quince años de portero y ya no me extraña nada; pero, hay que ver lo que es la vida, ¿eh?!!

HORTENSIA. ¡Uf!

DAMIÁN. *(Inclinándose sobre el SEÑOR GARCÍA.)* ¡¡Y parece simpático!!

HORTENSIA. *(Aterrada.)* ¡¡No le toque!!

ABELARDO. ¡No le toques! ¡No le toques, que hay que esperar a que venga el juez y le estamos avisando por teléfono..!

HORTENSIA. ¿Contestan o no?

ABELARDO. Me he puesto al habla ya con cinco tabernas diferentes, pero no hay manera de comunicar con el Juzgado.

DAMIÁN. ¡¡Será que no le oyen!! ¡¡Déjeme a mí, señorito, que yo estoy aquí para servirles!!

HORTENSIA. (A ABELARDO.) Déjale, que si no le oyen a él es que están veraneando.

HIPO. (Entrando de nuevo por la izquierda.) ¿Contesta el Juzgado?

ABELARDO. Aún no; pero ahora va a aullar éste un ratito.

DAMIÁN. ¡¿Qué número es?!

ABELARDO. El treinta y cuatro ciento setenta y ocho.

DAMIAN. (Marcando.) ¡¡Tres!! ¡¡Cuatro!! ¡¡Uno!! ¡¡Siete!! ¡¡Ocho!!... ¡¡Verán qué pronto!!... ¡¡Oiga!!... ¡¡Oigaaaa!!

HIPO. ¡Qué bestia!

HORTENSIA. (Taponándose los oídos.) Ese hombre me pone mala...

DAMIÁN. (Al teléfono, a grito herido..) ¡¡El treinta y cuatro mil ciento setenta y ocho!! ¡¡El treinta y cuatro mil ciento setenta y ocho!!

HIPO. (Imitándole.) ¡¡Ochenta mil pesetas!!

DAMIÁN. ¡¿Qué?!

HIPO. No, nada; que si sigue usted así, va a acabar por sacar el gordo.

ABELARDO. Mira, Damián; lo mejor es que te llegues tú mismo al Juzgado.

HORTENSIA. Eso es.

HIPO. Si, si; que se marche.

DAMIÁN. (A ABELARDO.) ¡¡Cómo usted quiera!! ¡¡Yo estoy siempre allí donde el deber me llama!!

HIPO. ¡Magnífico! Ya lo habíamos oído antes.

DAMIÁN. ¡¡Vamos a ver!! ¡¿Qué hay que decir?!

ABELARDO. ¿Dónde?

DAMIÁN. ¡¡En el Juzgado!!

ABELARDO. Es verdad. ¿Qué se dice en estos casos?

HIPO. Pues, hombre, nada... Que diga que estábamos reunidos comiendo para celebrar la primera amonestación tuya y de Hortensia, corrida ayer en la iglesia de San Antonio de los

Flamencos, cuando en medio de la alegría nuestra y del silencio de la noche, en el momento en que empezábamos a jugar unas manitas de póker...

HORTENSIA. Eso es muy largo.

ABELARDO. ¡Al juez qué le importa nuestra boda ni San Antonio de los Flamencos!...

HIPO. Que le diga sólo que estábamos jugando y que haga el favor de venir a levantar al muerto.

HORTENSIA. Se va a ofender.

DAMIÁN. ¡¡Si le digo eso me detiene!!

ABELARDO. ¡Vaya! Trae un papel, tú... (*Él saca la estilográfica- Se dispone a escribir.*) Lo mejor es ponerle cuatro líneas.

HORTENSIA. ¡Eso, eso!

ABELARDO. (*Escribiendo y leyendo lo escrito.*) "SEÑOR JUEZ DE GUARDIA: LOS ABAJO FIRMANTES, INQUILINOS Y AMIGOS ÍNTIMOS DE LA FINCA NÚMERO 119 DE LA CALLE SERRANO."

HIPO. No digas...

ABELARDO. Pues, ¿qué ocurre?

HIPO. Que nos has hecho amigos de la finca.

ABELARDO. ¿Cómo? (*Leyendo lo escrito.*) "LOS ABAJO FIRMANTES, INQUILINOS Y AMIGOS ÍNTIMOS DE LA FINCA...". ¡Mecachis! ¿Qué ponemos?

HORTENSIA. Pon inmueble.

HIPO. Tampoco se puede ser amigo íntimo de un inmueble.

DAMIÁN. Ponga usted casa, señorito.

ABELARDO. (*Escribiendo y leyendo.*) "INQUILINOS Y AMIGOS DE LA CASA..." ¡Anda! Pues resulta que "casa" viene bien. "...LE RUEGAN A USTED QUE TENGA LA BONDAD DE VENIR A..." "DE VENIR A..." "...A LEVANTAR..." ¡No! Yo no pongo levantar.

HIPO. Pon incorporar, que es más suave.

ABELARDO. “...A RECOGER...” ¡Eso es! “... A RECOGER LOS RESTOS DE UN DESDICHADO QUE HA TENIDO A BIEN SUICIDARSE A TIROS EN UN DIVÁN...”.

HORTENSIA. Eso del diván quítalo, Abelardo.

HIPO. O ponlo antes.

ABELARDO. “... EN UN DIVÁN...” “...A SUICIDARSE EN UN DIVÁN...” “HA TENIDO A BIEN EN UN DIVÁN...” No sé dónde poner el diván.

HIPO Arriba. Ponlo arriba.

ABELARDO. ¡Esto es! ¡Así! “A RECOGER DE UN DIVÁN LOS RESTOS DE...”, etcétera “CON TAL MOTIVO...” Tampoco “CON TAN MACABRO MOTIVO...” NO. “CON TAN ORIGINAL MOTIVO...”

HORTENSIA. Ahí vendrá bien otro adjetivo, ¿no crees?

HIPO. Espeluznante.

ABELARDO. Sí, sí, eso. “CON TAN ESPELUZANTE MOTIVO QUEDAN DE USTED SEGUROS SERVIDORES...” Firmo. Y firmad vosotros. (*Firman todos.*)

HORTENSIA. Habría que ponerlo en limpio...

ABELARDO. No, que si se pone en limpio se van a creer que es mentira. Anda. Damián, a escape. Toma un taxi, dices que al Juzgado de guardia, preguntas por el juez y mandas que le pasen esto. (*Le da la carta.*)

DAMIÁN. ¡¿Pero me harán caso?!

ABELARDO. Sí, hombre, sí; ¿cómo no van a hacerte caso?

DAMIÁN. ¡¡Es que si no me hacen caso!! ¡¡Bueno, si no me hacen caso!!... ¡¡¡me van a oír!!! (*Se va oír la izquierda.*)

HORTENSIA. ¿Y estará el juez dispuesto a estas horas?

ABELARDO. ¡Hombre, claro! El juez está dispuesto a todas horas.

HORTENSIA. No tendría nada de particular que se hubiera ido al teatro, por ejemplo....

ABELARDO. (*Irritado.*) Pero... ¿el juez de guardia? ¿Ése va a ir?...

HORTENSIA. ¡El juez de guardia será un juez como los demás!

ABELARDO. *(Desesperado.)* ¡¡Bueno!!

HIPO. Déjala, que con las mujeres no se puede discutir más que de salsas, y eso, dándoles la razón de que la mayonesa es la mejor. *(Se oye dentro un rumor de voces que se acerca. Enseguida, por la izquierda entran DELFINA, una dama de más de cuarenta años muy conservada, y MIRABEAU, que es un caballero de barba negra, correctísimo; ella trae sobre los hombros un abrigo o una capa, y él viene con el abrigo puesto y el sombrero en la mano. Les sigue.)*

RAMONA. *Delfina avanza hacia HORTENSIA.)*

DELFINA. *(Con voz muy teatral.)* ¡Hortensia! ¡Amiga mía!...

HORTENSIA. ¡Delfina! *(Se abrazan dramáticamente.)*

DELFINA. ¡Dios mío! ¡Calla, no me digas nada! Todo lo comprendo; todo me lo ha contado Ramona. Y tanto yo como Mirabeau, que comía en casa y ya se iba. *(A MIRABEAU.)* ¿Verdad que ya te ibas?

MIRABEAU. Sí. Ya me iba.

DELFINA. Tanto yo como Mirabeau estamos aterrados.

MIRABEAU. Y atónitos.

DELFINA. Esto es: aterrados y atónitos.

MIRABEAU. Y consternados.

DELFINA. Esto es: aterrados, atónitos y consternados. Yo habría entrado inmediatamente que oímos los tiros, pero el portero me hizo comprender que podría molestar...

MIRABEAU. Y yo también te dije, Delfina...

DELFINA. Esto es: y Mirabeau también me lo dijo. Ya conoces lo correcto que es Mirabeau. ¡Qué espanto! ¡Qué espanto, Dios mío!

HORTENSIA. Un horror, Delfina.

DELFINA. ¿Y cómo ha podido ocurrir esto? ¿Dónde está? ¿Dónde está? *(Descubriendo al SEÑOR GARCÍA.)* ¡Oh! ¡No quiero verlo!... ¡No lo mires, Mirabeau! ¡Mirabeau, no lo mires!

MIRABEAU. No, Delfina.